

Las crisis del capitalismo

Karl Marx

Introducción de Daniel Bensaïd

sequitur

# Índice

Marx y las crisis <i>Daniel Bensaïd</i>	7
Y después de Keynes, ¿qué? <i>Daniel Bensaïd</i>	23
Las crisis del capitalismo <i>Karl Marx</i>	49

La proeza de Marx, contemporáneo de la primera gran expansión bancaria de los años victorianos y del Segundo Imperio, es haber atravesado las apariencias, la superficie confusa de las cosas, para buscar en el corazón del sistema las razones de la sinrazón, la lógica de lo ilógico.

Cuando, a comienzos de los años 1840, se aplica al gran trabajo de la crítica de la economía política, carece de perspectiva histórica para percibir plenamente los ritmos de la economía y para desmontar sus mecanismos. El propio Ricardo, al escribir sobre las crisis de 1815, "no sabía en el fondo nada de las crisis". Sus sucesores ya no tenían esa excusa: "Los fenómenos posteriores, en particular la periodicidad casi regular de las crisis del mercado mundial, no les permiten ya negar los hechos o interpretarlos como accidentales".

*El dinero grita su deseo*

"La crisis me tiene en vilo de forma infernal: los precios bajan todos los días. Manchester se hunde cada vez más en la crisis", escribe Engels a Marx el 17 de diciembre de 1857. Su excitación ante la propagación de la crisis americana de 1857 es contagiosa. Las notas de los *Manuscritos de 1857-1858* (o *Grundrisse*) de Marx dan fe de ello. La crisis aparece en ellos bajo la metáfora de la locura, pero de una locura que "domina la vida

de los pueblos". Las contradicciones del sistema capitalista se manifiestan en ella plenamente. La unidad aparente de la mercancía se "escinde": valor de uso y valor de cambio se "disocian" y "se comportan de forma autónoma uno respecto al otro". La economía por entero se vuelve delirante, "alienada", en tanto que esfera autónoma vuelta incontrolable.

En el curso de las crisis, cuando el momento de pánico ha pasado y la industria se estanca, el dinero está fijado entre las manos de banqueros, de los agentes de cambio, e igual que el ciervo brama su sed de agua fresca, el dinero grita su deseo de un terreno en el que pueda ser valorizado como capital.<sup>1</sup>

La sobreproducción y la desvalorización del capital aparecen entonces como "el recuerdo repentino de todos esos momentos necesarios de la producción basada en el capital". Un regreso de lo reprimido, en suma: la crisis le recuerda a la esfera (o a la burbuja) financiera que no flota en levitación, despegada de lo que se llama hoy extrañamente "la economía real".

La condición de posibilidad de las crisis está inscrita en la duplicidad de la mercancía. Como todo buen burgués, la mercancía lleva una doble vida: por un lado, es tiempo de trabajo abstracto materializado; por otro, es el resultado de un trabajo determinado. Para compararse a otras magnitudes de trabajo, debe "ser primero transferida en tiempo de trabajo, es decir en algo cualitativamente distinto a ella". Esta "doble existencia" trae consigo el riesgo permanente de una escisión; "debe necesariamente progresar hasta la diferencia, la diferencia hasta la oposición y a la contradicción entre la naturaleza particular de la mercancía en tanto que producto (valor de uso) y su naturaleza universal en tanto que valor de cambio".

Para Marx, la crisis de 1857 pone pues en evidencia el divorcio entre el valor de uso del producto y el valor de cambio expresado en el dinero. Puede ocurrir que la mercancía no pueda ya ser "puesta en ecuación con su forma universal, el dinero". La discordia se instala entonces entre producción y circulación. Compra y venta adquieren formas de existencia "espacial y temporalmente distintas una de la otra, indiferentes una de la otra". "Su identidad inmediata cesa". La crisis revela y lleva al paroxismo

ese malestar identitario. La búsqueda de la identidad perdida se convierte en una huida hacia delante, una secuencia de separaciones dolorosas y de reencuentros efímeros. Como en la canción de *Jules y Jim*, compra y venta se pierden de vista y se vuelven a encontrar sin cesar:

Pueden o no corresponderse; pueden coincidir o no; su relación puede estar marcada por desproporciones. Ciertamente, intentarán constantemente igualarse, pero ahora es el movimiento continuo de la igualación el que ha reemplazado la igualdad inmediata anterior, igualación que precisamente presupone que sea continuamente planteada una no-igualdad.

La crisis de 1857 pone en evidencia la escisión, entre el valor de uso de la mercancía y su valor de cambio expresado en el dinero, que amenaza de interrupción su "convertibilidad". El salto peligroso del capital desde la forma mercancía a la forma dinero puede resultar así mortal. El "germen de las crisis" está pues presente en el dinero en tanto que "valor convertido en autónomo", "forma de existencia convertida en autónoma del valor de cambio".<sup>2</sup> Esta autonomía engendra la ilusión de que el dinero pueda multiplicarse por partenogénesis, incrementarse en el circuito del crédito sin ser fecundado por su paso por el proceso de producción.

Una escisión no viene jamás sola. La que divide el cambio en actos independientes, de compra y de venta, se refracta en la división entre capital industrial, comercial y bancario: "el intercambio por el intercambio se separa del intercambio por mercancías". Marx entrevé entonces el orden complejo de las arritmias del capital:

Hasta aquí, sólo hemos puesto en evidencia la indiferencia recíproca de los momentos singulares del proceso de valorización; que interiormente se condicionan, y que exteriormente se buscan, pero que pueden encontrarse o no encontrarse, coincidir o no, corresponder o no los unos con los otros. La necesidad interna de lo que forma un todo; al mismo tiempo que su existencia autónoma e indiferente que constituye ya la base de contradicciones. Pero estamos lejos de haber terminado con ello. La contradicción entre la producción y la valorización –de la que el capital constituye la unidad– debe ser comprendida de forma aún más inmanente, como manifestación indiferente y aparentemente independiente de los diferen-

tes momentos singulares del proceso, o más exactamente de la totalidad de los distintos procesos que se oponen.<sup>3</sup>

La división se propaga. El orden desacompañado de la producción mercantil, en la que el valor de las cosas da la espalda a su sustancia útil, rechina y se atranca por todas partes. No son ya más que quejas y lamentos, estertores y gemidos de cuerpos desarticulados:

La crisis manifiesta la unidad de los momentos que han sido promovidos a la autonomía de los unos en relación con los otros. No habría crisis sin esta unidad interna de elementos en apariencia indiferentes los unos en relación con los otros. La crisis es la puesta en marcha violenta de la unidad de las fases del proceso de producción que se han autonomizado una respecto a la otra. Es el establecimiento por la fuerza de la unidad entre momentos promovidos a la autonomía y la autonomización por la fuerza de momentos que están esencialmente unidos.<sup>4</sup>

El orden del capital –pero no la armonía social– debe entonces ser restablecido por la violencia y por la fuerza. Es lo que se obstinan en negar los economistas que se aferran a la "unidad esencial" e ignoran cómo los elementos del proceso se tornan extranjeros los unos respecto a los otros y hostiles hasta la explosión.

### *Desequilibrio lógico*

En el capítulo de las *Teorías sobre la Plusvalía*, reproducido en el presente libro, Marx desarrolla el análisis, iniciado en los *Grundrisse*, de las crisis y su recurrencia. Las opone a las teorías del equilibrio, inspiradas en "el insípido Jean-Baptiste Say", según las cuales la sobreproducción sería imposible a causa de una identidad inmediata entre la demanda y la oferta. El principio según el cual "se intercambian productos por productos" garantizaría según él "un equilibrio metafísico entre vendedores y compradores". Ricardo toma prestada a Say esta fábula, según la cual "nadie produce si no es con la intención de vender o de consumir, y no vende jamás si no es para comprar otra mercancía que pueda serle útil". Produciendo, cada uno se convertiría "necesariamente bien en consumi-

dor de su propia mercancía, bien en comprador y consumidor de las mercancías de algún otro". El ciclo quedaría pues perfectamente cerrado; el equilibrio entre venta y compra, oferta y demanda, asegurado.

El disfuncionamiento no podría entonces venir más que de una falta de información debida a la complejidad creciente del mercado. Ricardo lo contempla, pero se tranquiliza inmediatamente: "no es admisible que el productor pueda estar mal informado *mucho tiempo* sobre las mercancías que puede producir con el mayor beneficio" y "es pues inverosímil que pueda *duraderamente* producir una mercancía para la que no existe demanda". En suma, el mercado sería un informador perfecto. Éste fue, más recientemente, el argumento liberal de Friedrich Hayek a favor de la "competencia libre y no falseada", tan estimada por los arquitectos de la Unión Europea.

La privatización de la información financiera y la invención de productos financieros cada vez más sofisticados que borran las pistas y confunden los mensajes han acabado con este mito. El mercado se ha mostrado incapaz de superar "el reto informativo" que plantea la microfinanza. Constatando la impotencia de la comisión encargada de supervisar los mercados estadounidenses (la SEC, *Securities and Exchange Commission*) para desenredar las grandiosas cuentas de un Madoff, su antiguo presidente William Donaldson admite que un "control adaptado a los sistemas de un mercado complejo [aún está por] ¡inventar!"

Es una constatación en buena y debida forma del fracaso de las pretenciosas "matemáticas financieras" que, como escribe muy bien Denis Guedj, no son más que unas matemáticas mercenarias aplicadas a las finanzas.<sup>5</sup> Sus modelos brownianos, concebidos para formalizar "efectos de agitación media" son incapaces de dar cuenta "de las situaciones de riesgo extremo que pueden aparecer en los mercados, de forma que no ven las crisis ni las quiebras", lamenta Olivier Le Courtois, profesor de finanzas (!) en Lyon. En las situaciones extremas que el sistema capitalista genera de forma recurrente, el "azar sabio" sobre el que trabajan los calculadores de riesgo se transforma, en efecto, en "azar salvaje".

Ricardo podía aún confiar en la imparcialidad y la fiabilidad informativa del mercado, si no en tiempo real, al menos a medio o largo plazo. Pero, ¿en la espera? En la espera, la escisión entre venta y compra se verifica y la "disyunción del proceso de producción inmediato del proceso de

circulación desarrolla la posibilidad de la crisis". Esta posibilidad se debe a que las formas que recorre el capital en el ciclo de sus metamorfosis (de dinero –A– a medios de producción –P–, de medios de producción a mercancías –M–, de mercancías a dinero) "pueden estar y están separadas". "No coinciden en el tiempo y en el espacio". Este se da más aún con la mundialización: el capitalista individual percibe el salario dado a sus asalariados como un puro coste de producción desde el momento en que el consumidor compra productos de importación y que sus propios productos son vendidos en un lejano mercado. El círculo calificado de "virtuoso" entre producción y consumo, venta y compra, se ha roto.

La separación de la venta y de la compra distingue la economía capitalista de una economía de trueque en la que "nadie puede ser vendedor sin ser comprador" (y recíprocamente) y donde el grueso de la producción está directamente orientado hacia la satisfacción de las necesidades inmediatas. "En la producción mercantil", en cambio, "la producción inmediata desaparece". No se produce para las necesidades, sino para el beneficio, al que nada le preocupan las necesidades sociales, sino que tan sólo le interesa la demanda solvente. Pues, "si la venta no se produce, es la crisis".

En la producción mercantil, la mercancía, para realizar la plusvalía que le es incorporada, "debe necesariamente ser transformada en dinero, mientras que el dinero no debe necesaria e inmediatamente ser transformado en mercancías". De ahí que venta y compra puedan disociarse. Bajo su primera forma, "la crisis es la metamorfosis de la mercancía misma, la disyunción de la compra y de la venta". Bajo su segunda forma, es función del dinero como medio de pago convertido en autónomo, "en el que el dinero figura en dos momentos separados en el tiempo, en dos funciones diferentes", como simple equivalente general entre mercancías y como capital acumulado.

Esta autonomización del dinero encuentra su prolongación en la separación entre beneficio de empresa y capital portador de interés. Señala entonces Marx que la autonomización del dinero:

Termina dando a la forma de la plusvalía una existencia autónoma, esclerosis de esta forma en relación a su sustancia. Una parte del beneficio, por oposición a la otra, se despega completamente de la relación capi-



talista en tanto que tal, y parece derivarse no de la explotación del trabajo asalariado, sino del trabajo del propio capitalista. Por oposición, el interés parece entonces ser independiente a la vez del trabajo asalariado del obrero y del trabajo del capitalista, y tener en el capital su fuente propia, autónoma. Si, primitivamente, el capital hacía, en la superficie de la circulación, el papel de fetiche capitalista, de valor creador de valor, reaparece aquí, bajo forma de capital portador de interés, su forma más alienada y más característica.<sup>6</sup>

Este prodigio del capital portador de interés, del dinero que parece hacer dinero sin pasar por el proceso de producción y de circulación, sin recorrer el ciclo completo de sus metamorfosis, es el estadio supremo del fetichismo y de la mixtificación mantenida por los economistas vulgares.

Así pues, para realizar la plusvalía, hay que vender. Pero la búsqueda insaciable del beneficio tiende a restringir los mercados comprimiendo los salarios (¡"el poder de compra"!).

Gracias a los prodigios del crédito, la autonomía del dinero permite emprender un nuevo ciclo de producción, que afluya una nueva ola de mercancías, aunque la precedente aún no haya sido vendida. Saturación del mercado (sobreproducción) y sobreacumulación del capital son pues anverso y reverso de un mismo fenómeno.<sup>7</sup> Los sucesores de Ricardo, señala Marx, han querido admitir la sobreproducción bajo una de sus formas "la plétora o sobreabundancia de capital" pero la niegan bajo su otra forma, la de la sobreabundancia de mercancías en el mercado.<sup>8</sup> Esta sobreproducción no tiene, por supuesto, nada que ver con una saturación de las necesidades sociales, que quedan en gran medida insatisfechas: "Sólo tiene que ver con las necesidades solventes". No se trata de una sobreproducción absoluta o en sí, sino de una sobreproducción relativa a la lógica de la acumulación del capital.

### *El capital lleva en sí mismo la crisis*

En los *Manuscritos de 1857-1858*, la crisis intervenía de una triple forma: empíricamente, a través de la recesión americana; a través de la separación de la compra y de la venta que crea las condiciones formales de su posibilidad; y metafóricamente, como locura y sufrimiento de la

escisión. Pero la teoría expuesta en los *Manuscritos* adolecía aún de falta de visión de conjunto de la crítica de la economía política.

En *El Capital*, su coherencia toma forma. En el Libro I sobre "el proceso de producción del capital", Marx retoma su crítica de la ley clásica de los mercados y del equilibrio: "Nada más estúpido que el dogma según el cual la circulación implica necesariamente el equilibrio de las compras y de las ventas, dado que toda venta es compra y recíprocamente". Lo que se pretende probar así, es que "el vendedor trae al mercado a su propio comprador". Esta identidad inmediata, que existía en el comercio de trueque, es rota por la generalización de la producción mercantil y por la autonomización del dinero en tanto que equivalente general. No se trata ya entonces de intercambio directo de un valor de uso por otro valor de uso, sino de una mercancía por dinero. La transacción se convierte en "una pausa" o "un intermedio en la vida de la mercancía que puede durar más o menos".

La autonomía del dinero sanciona pues la ruptura de la simetría perfecta del intercambio. La vida de la mercancía, el encadenamiento de sus metamorfosis, pende en adelante de los deseos y caprichos de su comprador potencial, pero también de sus medios, de su solvencia. En el mostrador o en la vitrina, contiene su aliento frente al dinero, ese bello indiferente, que querrá comprarla o la desdeñará, según lo que le apetezca. Si este intermedio y esta espera se eternizan, la mercancía en apnea corre el riesgo de asfixiarse. La disyunción y la asimetría entre el acto de compra y el acto de venta son pues claramente un factor, no de equilibrio, sino de desequilibrio dinámico.

Así, el concepto de crisis interviene por primera vez en *El Capital*, no para evocar las crisis empíricas, sino como consecuencia lógica del "vínculo íntimo" y contradictorio entre los actos separados y potencialmente contradictorios de compra y de venta. Aparece de nuevo, más lejos, en el capítulo sobre "La ley general de la acumulación capitalista". Se articula allí entonces con la temporalidad propia del capital. La acumulación se presenta como un "movimiento de extensión cuantitativa" que apunta, gracias a las innovaciones tecnológicas estimuladas por la competencia, a un aumento de la productividad del trabajo y a una economía del trabajo vivo (es decir, del empleo). La producción puede pues continuar aumentando mientras los mercados se reducen. A pesar de las apariencias, el

factor determinante no reside en la tecnología en sí misma, sino en los flujos y reflujos de la fuerza de trabajo empleada.

Marx aborda así, no sólo las condiciones de posibilidad de las crisis, sino su carácter recurrente y cíclico:

La conversión sin cesar renovada de una parte de la clase obrera en otros tantos brazos semiocupados, o completamente desocupados, imprime pues al movimiento de la industria moderna su forma típica. Igual que los cuerpos celestes, una vez lanzados en sus órbitas las describen por un tiempo indefinido, la producción social, una vez lanzada al movimiento alternativo de expansión y de contracción lo repite por una necesidad mecánica. Los efectos se convierten en causas a su vez, y peripecias, primero irregulares y en apariencia accidentales, toman cada vez más la forma de una periodicidad normal.

Es sólo en el siglo XIX, en la época en que el mercado se mundializa y las naciones industrializadas llegan a ser numerosas, "cuando aparecen los ciclos renacientes cuyas olas sucesivas abarcan años, y que desembocan siempre en una crisis general, fin de un ciclo y punto de comienzo de otro". El concepto de crisis se asocia entonces al de los ciclos económicos propios de la economía capitalista.<sup>9</sup>

En el Libro II sobre "el proceso de circulación del capital", Marx señala las estaciones del calvario de la mercancía en el proceso de circulación. Introduce nuevas determinaciones, particularmente las de capital fijo y capital circulante, y la de su desigual ritmo de renovación. Marx saca también las consecuencias de la discontinuidad entre producción y circulación. Sometida a las exigencias de una acumulación guiada por la búsqueda insaciable de beneficio, la producción masiva puede perpetuarse sin que las mercancías producidas en el ciclo anterior hayan entrado realmente en el consumo individual o productivo, hayan sido vendidas. El cierre del ciclo de las metamorfosis del capital no está pues garantizado. Si fracasa, "las olas de mercancías se suceden" cuando las precedentes no han sido aún absorbidas más que en apariencia por el consumo. Se produce entonces "una detención": "compra y venta se paralizan recíprocamente". Así,

el proceso de producción entero se encuentra en el estado más floreciente mientras una gran parte de las mercancías no ha entrado más que en apariencia en el consumo y permanece en las manos de los revendedores sin encontrar quien las adquiera, es decir se siguen encontrando de hecho en el mercado.

Es la caída de las ventas, los precios rotos para vender los stocks, la venta con pérdidas si es necesario, a fin de reconstituir la liquidez.

Por último, en el Libro III sobre el "proceso de reproducción de conjunto", Marx muestra cómo la cristalización del capital en diversos capitales –industrial, comercial, bancario– llega a ocultar temporalmente la desproporción creciente entre la reproducción ampliada y la demanda final restante. La explosión de la crisis puede así ser diferida, gracias particularmente a la intervención de los capitalistas financieros que transforman su beneficio realizado en capital-dinero de préstamo:

Se sigue de lo anterior que la acumulación de este capital, diferente de la acumulación real, aunque sea su retoño, aparece si no consideramos más que a los capitalistas financieros, bancarios, etc., como la acumulación propia de estos capitalistas financieros mismos.<sup>10</sup>

Así, la acumulación de este "capital ficticio" había alcanzado en vísperas de la crisis actual tales dimensiones que el deshinchamiento de la burbuja financiera ha sido igualmente vertiginoso: en poco más de un año, entre el 19 de diciembre de 2007 y el 31 de marzo de 2009, la capitalización bursátil del banco HSBC ha pasado de 199,9 a 68 mil millones de dólares (es decir, una bajada de dos tercios), la del Bank of America de 194,6 a 31,1 mil millones, la del Citigroup de 151,3 a 13, la de Natixis de 29,8 a 4,9, etc. Entre las sesiones del 29 de junio de 2007 y del 1 de abril de 2009, los índices de las principales plazas financieras han caído entre el 53% (CAC 40) y el 43% (Dow Jones).

La crisis no puede pues ser conjurada indefinidamente. El crecimiento del crédito no es ya capaz de concederle un aplazamiento, como se produjo en los años 1990 cuando la desregulación financiera generó la ilusión de un "regreso al crecimiento". Pero el capital no puede prosperar indefinidamente a crédito. La caída de las ventas, o la quiebra por causa

de créditos insolventes acumulados, acaban por dar la señal del *sálvese quien pueda* general. Cuando ya no es posible ignorar que la primera ola de mercancías no ha sido absorbida más que en apariencia por el consumo (o gracias a un crédito arriesgado), llega la avalancha:

Los capitales-mercancías se disputan el lugar en el mercado. Para vender, los últimos llegados venden por debajo del precio, mientras que los primeros stocks no son liquidados al vencimiento de pago. Sus detentores están obligados a declararse insolventes o a vender a cualquier precio para poder pagar. Esta venta no corresponde en absoluto al estado de la demanda, no corresponde más que a la demanda de pago, a la absoluta necesidad de convertir la mercancía en dinero. La crisis estalla.<sup>11</sup>

Es precisamente lo que se ha producido desde el comienzo de la crisis de 2008: se ven concesionarios proponer dos coches por el precio de uno, promotores inmobiliarios ofrecer un automóvil como prima por la compra de una vivienda, ¡rebajas monstruosas que empiezan a menos del 70% o menos del 90% del precio de venta inicial!

La primera determinación de la crisis reside pues en la separación entre la esfera de la producción y la de la circulación. La segunda, en la separación entre el ritmo de rotación del capital fijo y el del capital circulante. El Libro III introduce una nueva, que presupone e integra las dos precedentes: la "ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia". El capítulo 13 sobre "la naturaleza de la ley" recapitula "los tres hechos principales de la producción capitalista": la concentración de los medios de producción en pocas manos, la organización del trabajo social y su división como trabajo cooperativo, y la constitución del mercado mundial.

En relación a la población, la enorme fuerza productiva que se desarrolla en el marco del modo de producción capitalista, y el aumento de los valores-capital que aumentan bastante más rápidamente que la población, entran en contradicción con la base en beneficio de la que se ejerce esta enorme fuerza productiva y que, relativamente al aumento de riqueza, disminuye cada vez más, y con las condiciones de puesta en valor de este capital que crece sin cesar. De ahí las crisis.

*De ahí las crisis, en efecto*

En realidad, tras la apariencia económica de la ley de "la baja tendencial" se manifiesta el conjunto de las barreras sociales con las que choca la acumulación del capital. Esta extraña ley, cuyas "contradicciones internas" Marx expone en el siguiente capítulo, ha alimentado muchas controversias. De hecho, parece no poder imponerse más que a través de sus propias negaciones: el aumento de la tasa de explotación; el saqueo imperialista; la aceleración de la rotación del capital; la intervención del Estado.

Ley muy extraña pues, esta ley que se contradice a sí misma:

La depreciación periódica del capital, que es un medio inmanente al modo de producción capitalista de parar la bajada de la tasa de ganancia y de acelerar la acumulación del capital por la formación de capital nuevo, perturba las condiciones dadas en las que se lleva a cabo el proceso de circulación y de reproducción del capital y, como consecuencia, se acompaña de bruscas interrupciones y de crisis del proceso de producción.

Cuando la tasa de ganancia baja, el volumen de capital del que debe disponer el capitalista para invertir aumenta. Se sigue de ello una concentración de capitales que conlleva una nueva bajada de la tasa de ganancia en la medida en que se traduce en un aumento de la acumulación del capital constante.

La tasa de ganancia es la relación de la plusvalía dividida por la suma del capital constante y del capital variable. Dividiendo la tasa de ganancia  $pl/(c+v)$  por  $v$ , encontramos en el numerador la tasa de explotación (o de plusvalía):  $pl/v$ , y en el denominador la composición orgánica  $c/v(+1)$  y se obtiene la ecuación de la bajada tendencial de la tasa de ganancia. Si la composición orgánica aumenta cuando la tasa de explotación permanece igual, la tasa de ganancia disminuye. Cuanto más se acumula el trabajo muerto ( $c$ ) en detrimento del trabajo vivo ( $v$ ), (más aumenta la "composición orgánica" del capital  $c/v$ ), y más la tasa de ganancia  $pl/(c+v)$  tiende por tanto a bajar.

No es ésta una ley mecánica o física, sino una "ley social" (si es que el término *ley* es el adecuado). Su aplicación depende de múltiples variables, de luchas sociales de resultado incierto, de relaciones de fuerzas sociales y políticas inestables. No deja pues de contrariarse a sí misma suscitando contratendencias:

- el aumento de la tasa de explotación tiende a recuperar la tasa de ganancia, bien mediante la extensión del tiempo de trabajo, bien por el aumento de su productividad, bien por la compresión de los salarios por debajo de la tasa de inflación, o, también, por la amputación del salario indirecto (la protección social);

- los mecanismos de dominación imperialista contribuyen a hacer bajar la composición orgánica del capital por el recurso a trabajo barato y por la reducción del coste de producción de una parte del capital constante;

- la aceleración de la rotación del capital compensa la bajada de la tasa de ganancia mediante el aumento de su masa;

- la intervención económica del Estado sostiene la economía por medio de los gastos públicos, gastos de armamento, ayudas fiscales, y por "la socialización de las pérdidas";

El aumento de la tasa de plusvalía ( $pl/v$ ) puede pues contrarrestar la "bajada tendencial" de diversas maneras, por:

- La intensificación del trabajo: aumento de la plusvalía relativa.
- La ampliación de su duración: aumento de la plusvalía absoluta.
- La reducción del capital variable por medio de la bajada de los salarios directos o indirectos.
- La reducción del capital constante por la bajada del coste de las materias primas, la producción *just in time*, el stock 0, ...

Además:

- la caída efectiva de la tasa de ganancia no supone automáticamente una bajada de su masa. Si el ritmo de rotación del capital se acelera, la masa puede continuar aumentando aunque la tasa de ganancia caiga. Si, por ejemplo, cierra, cuatro veces su ciclo en el año en lugar de una sola vez, la masa puede al contrario ser multiplicada por dos incluso si la tasa disminuye la mitad. La facilidad del crédito, el marketing, la publicidad, la gestión del gran consumo, la obsolescencia integrada, la falsa novedad

de la moda, contribuyen precisamente a acelerar esta rotación y a dar el sentimiento de una aceleración de la historia.

– La extensión geográfica del dominio de la producción mercantil puede también retrasar los plazos de la crisis. La duplicación en veinte años de la fuerza de trabajo disponible en el mercado mundial de trabajo significa así a la vez un aumento del capital variable (consiguientemente una bajada relativa de la composición orgánica global) y un aumento del grado de explotación (debido a la vulnerabilidad social de una mano de obra a menudo desprovista de derechos laborales y de protecciones sociales); son dos factores susceptibles de frenar la caída de la tasa de ganancia, incluso de recuperarla temporalmente.

Estas respuestas del capital a la erosión tendencial de la tasa de ganancia son los resortes ocultos de lo que el sentido común llama la *mundialización* o *globalización*. Las crisis no constituyen pues límites absolutos a la producción y al consumo de riquezas sociales, sino contradicciones relativas a un modo de producción específico, "correspondiente a una cierta época de desarrollo restringido de las condiciones materiales de producción". No se produce un exceso de bienes de consumo en relación a las necesidades de la población, ni un exceso de medios de producción en relación a la población en condiciones de trabajar, "sino que se producen periódicamente demasiadas riquezas bajo formas capitalistas contradictorias". En el Libro III de *El Capital*, la separación de la compra y de la venta, que constituye la condición general formal de las crisis, se traduce concretamente en el hecho de que la capacidad de consumo solvente entra en contradicción con la búsqueda del beneficio máximo.

Marx no habla jamás de una "crisis final". Demuestra solamente cómo "la producción capitalista tiende sin cesar a sobrepasar sus barreras immanentes". Contrariamente a lo que pudieron pretender, en los años 1930, Evgeni Varga y los teóricos de la crisis de hundimiento final del capitalismo (*Zusammenbruchtheorie*) en el seno de la Tercera Internacional,<sup>13</sup> sus crisis son inevitables, pero no insalvables. La cuestión es saber a qué precio, y a costa de quién, pueden ser resueltas. La respuesta no pertenece a la crítica de la economía política, sino a la lucha de clases y a sus actores políticos y sociales.